Constitución y evoluciones del campo historiográfico y de su autonomía (siempre) relativa como problemática de historia global

Lutz Raphael

La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad

Traducción de Toni Morant Ariño. Presentación de Miquel À. Marín Gelabert
Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2012

En mi opinión, podemos felicitarnos por contar con una traducción en castellano de *La ciencia histórica en la era de los extremos* de Lutz Raphael. No creo tener conocimientos suficientes para pronunciarme sobre si esta obra representa la mejor síntesis de la historia de la historiografía del siglo XX, tal como la califica en su –excelente pero tal vez demasiado sintética– presentación del libro Miquel À. Marín Gelabert, algo que pone en duda Miguel Ángel Sanz en su reseña publicada en Historiografías (nº 5, Enero-Junio, 2013: 128-131). Aunque por otro lado tampoco creo que sea de mucho interés intentar situarla en un ranking parecido. Lo que sí podemos tener claro es que tanto por la problemática, la ambición de síntesis global, el periodo temporal –más de un siglo– y el espacio geográfico que abarca –nivel mundial–, las dosis de reflexividad que aporta y la sofisticada interrelación que construye entre condiciones socio-históricas específicas y condiciones concretas del campo historiográfico, la obra tiene muchas posibilidades de convertirse en un libro relevante y destacado para quienes quieran dedicarse al quehacer historiográfico y a las ciencias sociales. Mucho más si la reflexividad crítica lograse imponerse, o bien ganar más adeptos, en tanto que práctica del oficio asumida de forma colectiva, tal como la defendía Pierre Bourdieu[1], esto es, preocupada por los sesgos, presupuestos o deslices que

[1] Como señala Miquel À. Marín en la presentación, Lutz Raphael se ha ocupado del trabajo de Pierre Bourdieu en "Forschungskonzepte für eine 'reflexive Soziologie' – Anmerkungen zum Denk– und Arbeitsstil Pierre Bourdieu" en Stefan Müller-Doohm (ed.), *Jenseits der Utopie. Theoriekritik der Gegenwart,* Frankfurt, Suhrkamp, 1991: 236-266; y en una entrevista con Pierre Bourdieu de la cual hay traducción en castellano, "Acerca de las relaciones entre la sociología y la historia en Alemania y en Francia", *Sociohistórica,* nº 7, 2000: 183-215.

conlleva el posicionamiento propio y rival, desde el momento que ambos son también configuraciones socio-históricas con disposiciones, determinantes sociales, puntos ciegos –evidencias– y perspectivas orientadas.

El trabajo de Lutz Raphael aborda de forma consistente y solvente lo que es una historia global de la historiografía, una historia del oficio y los diferentes quehaceres del historiador desde 1900 hasta la actualidad. Nacido de las clases que imparte, como él reconoce, el proyecto no se reduce a una síntesis de manual de asignatura, sino a una síntesis de historia global de la historiografía –lamentablemente, algo desprestigiada en la actualidad por el relativismo y escepticismo postmoderno– la cual persigue tanto inscribirse en un debate internacional que supere los ámbitos nacionales como desarrollar la comparación analítica como herramienta heurística, como herramienta al servicio de la explicación y comprensión de las causalidades.

La obra se divide en 15 capítulos, los tres primeros están dedicados a la descripción de las transformaciones necesarias para que se produjese la institucionalización de la profesión de historiador. Tres capítulos que ocupan casi un tercio del libro. De origen occidental (europeo y estadounidense), la profesión de historiador se fue consolidando paulatinamente con la construcción de universidades y frente a la tradicional Academia de historia, que aglutinaba las prácticas narrativas de eruditos, altos diplomáticos y militares. Se percibe que el desarrollo de la historiografía va necesariamente parejo de la evolución de la institución estatal en tanto que maquinaria burocrático-administrativa de homogeneización cultural y de monopolización de lo universal. Evolución del aparato administrativo que Lutz Raphael domina y ha trabajado en su anterior libro traducido al castellano (*Ley y orden. Dominación mediante la administración en el siglo XIX*, Madrid: Siglo XXI, 2008). En efecto, el Estado fue la precondición no sólo para la instauración universitaria de la profesión a través de los programas de investigación, sino también para la constitución, conservación y homologación de archivos y fuentes (hecho derivado de la homogeneización cultural y la monopolización del poder estatal), para la difusión y constitución de la cultura histórica, sobre todo, mediante el sistema de enseñanza (o la colonización).

Lutz Raphael analiza un abanico considerable de variables en una extensión importante de espacios geográficos (China, Japón, países islámicos, África no islámica, Latinoamérica, India, etc.) en relación con la cultura histórica occidental.

Uno de los atractivos del libro, para quien escribe, ha sido comprobar que la concepción general que acaba construyendo Raphael se dirige a comprender las diferentes cristalizaciones concretas de la profesión de historiador, en los diferentes momentos y lugares, en tanto que *empresa colectiva* de producción cultural y de conocimiento. Algo que implica algunos aspectos: en primer lugar, el lector ha de saber que no es una filosofía de la historia –o al menos, no sólo eso– ni procede de posturas postmodernas (las cuales muy a menudo se posicionan dentro de los debates historiográficos, en el mejor de los casos, y el peor, acaban demandando una reconfiguración total de las miradas, aún no deslumbradas por sus proposiciones). Indudablemente la aproximación de Raphael contiene una filosofía de la historia, pero su principal cometido es realizar una historia de la historia por lo que se permite en mayor medida dar cuenta del "juego", dar cuenta de las diferentes posturas, debates, tendencias y posicionamientos historiográficos que han existido o existen en tanto que empresa colectiva plural y multiforme. El punto de vista asumido será el de una historia global reflexiva y comparada.

En segundo lugar, el que se conciba como una empresa colectiva le lleva a describir mucho más tendencias historiográficas y condiciones socio-históricas que coadyuvaron a producirlas (estructuras mentales o simbólicas y estructuras materiales), en lugar de historiadores concretos (creadores de tendencias) ahistóricamente descritos o bien yuxtapuestos y deshilvanados de sus condiciones sociales generales y, concretas, aquellas del campo específico con y contra el que producen. De ahí que gracias a su descripción comprendamos de forma más adecuada eso que nuestra mirada presente percibe como "errores" epistemológicos pasados o "evidentes" aproximaciones históricas cargadas de presupuestos ideológicos –sobre todo, nacionalistas–, ya que estas aproximaciones se encuentran insertadas en su contexto y puestas en relación con las producciones culturales de su momento.

Por otro lado, me gustaría subrayar que el desarrollo de las diferentes cristalizaciones de la profesión de historiador se presenta a menudo como una sucesión de paradigmas kuhnianos o "estilos de pensamiento", los cuales trabajan y explotan diversas problemáticas hasta un cierto momento en que progresivamente éstas se agotan o declinan. No obstante, dicha saturación de problemáticas previas tiende a constituir en parte, y sólo en parte, los antecedentes contra (y con) los que afloran las nuevas preguntas, metodologías y objetos de investigación historiográfica. Por consiguiente, no existiría una acumulación de conocimiento histórico lineal, sino que ésta está plagada de disrupciones. Más bien el lector se encontrará ante varios tipos de acumulaciones

bachelardianas en tanto que discontinuas, disruptivas, no lineales, plurales y múltiples en función sobre todo del lugar geográfico específico, su tradición cultural histórica y las demandas sociales presentes en cada momento.

Asimismo, se ha señalado que la saturación de las problemáticas constituye en parte, y sólo en parte, los antecedentes de otros "estilos de pensamiento" pues, a diferencia de la propuesta de Kuhn, no asistimos a una historia *interna* de la historiografía, sino que dicha historia está determinada siempre por las externas estructuras socio-históricas (demandas estatales y políticas en un momento dado: auge o declive del nacionalismo, del colonialismo, etc.). Y ello en función de dos vectores: A) la preponderancia, valoración y función que puede llegar a cumplir el relato histórico en un momento dado y bajo un régimen político específico (por ejemplo, tanto en la consolidación del Estado-nación o bajo las fuertes rivalidades nacionales como dentro de los regímenes socialistas, el peso de los criterios políticos en las políticas de interpretación histórica ha sido más fuerte, sin que nunca en el resto haya sido nulo), lo que se concretizaba en más recursos para la producción –programas de investigación– y para la difusión –revistas, enseñanza escolar, etc.–; y B) la interrelación continúa entre una tradición cultural "interna" y otra "externa", lo que permite dar cuenta de una variabilidad amplia de situaciones teniendo en cuenta unas condiciones sociales de *transferencia* pero, sobre todo, de *recepción* y *reapropiación* (como por ejemplo, cuando describe las primeras interrelaciones entre la historia incipiente y occidental y la cultura histórica en Japón o China (pág. 62), así como la débil presencia de la primera en los países de cultura islámica, debido a unas mayores resistencias culturales (pág. 68), o bien el tardío "éxito" y las traducciones de las principales obras de los Annales en EEUU o posterior acceso de éstas al nivel internacional, tras el boom estudiantil y la revolución cultural de finales de los sesenta y principios de los setenta. Boom estudiantil que modificó tanto la morfología social de la profesión y sus estructuras mentales, como sus públicos potenciales).

Cabe añadir entonces que la descripción histórica de Raphael no es ni un enfoque sobre las sucesivas actitudes y conceptos producidos por el campo historiográfico (una historia interna) ni una descripción de las diferentes cuestiones socio-históricas que influyen, condicionan y determinan el campo (una historia externa), ni tampoco el lector encontrará la descripción de una influencia unidireccional de un ente sobre el otro. Así, cabe entender que la autonomía (siempre) relativa progresivamente conquistada por el campo historiográfico no es un proceso ineludible y sin posible "vuelta atrás", erosión o desaparición. De ahí que no esté muy de acuerdo con la crítica que le dirige al

libro Miguel Ángel Sanz en su reseña, cuando afirma que todo concepto de autonomía –incluida la autonomía relativa del campo historiográfico– es "equivoco y esencialista", entiendo que Sanz está confundiendo la "autonomía" de Peter Bürger con otra de una procedencia más bourdiana, que siempre es una autonomía relativa –como no puede ser de otro modo– y sin más utilidad heurística de la comparación analítica entre la situación de la profesión de historiador en torno al 1900 y en la actualidad.

A modo de crítica al libro sí que se podría reseñar que la descripción histórica de Lutz Raphael se muestra más débil allí donde tienden a serlo la mayoría de las descripciones históricas, en la descripción de los invariantes sociales (concebidos en términos relativos, esto es, en comparación con los demás aspectos analizados). Invariantes históricos del campo historiográfico que no son otra cosa que invariaciones a lo largo del tiempo de la relación existente entre el campo y el resto del espacio social, entre la posición del campo concreto respecto a los diferentes campos sociales. Dicho de otro modo, invariantes que tienen que ver con la función que tendencialmente cumple la historia (o mejor dicho, la fracción dominante de ésta), respecto a otras ciencias sociales, para el poder político en términos de legitimidad o de concepciones ordenadas del orden establecido, lo cual le reporta unos réditos simbólicos en forma de prestigio y dominio en relación a otros campos sociales. Este concepto de "invariabilidad de lo variable histórico" habría que entenderlo de forma relacional, esto es, relacionando la historia con el derecho, sociología, psicología, medicina, etc. Del mismo modo que se podrían relacionar las sub-disciplinas en el seno de la propia producción historiográfica (o de cualquier otra disciplina) en función de su cercanía o confluencia con los poderes establecidos y las demandas sociales. Ello conllevaría trabajar sobre lo "relativo" de esa "autonomía relativa", algo que permitiría abordar los factores externos al campo en cuestión dentro de una variabilidad de mayor o menor penetración (versus mediación, autonomía) del campo. Raphael aporta herramientas para un análisis parecido cuando trabaja los presupuestos ideológicos de una historia nacional o bien analiza la mayor o menor "facilidad" que han tenido las sub-disciplinas (historia nacional, historia internacional, historia de las ideas, historia cultural, etc.) para inscribirse en un nivel de historia universal o global en función de las diferentes tradiciones y áreas geográfico-culturales. Es una pena que no lo haga de forma más sistemática, algo factible si hubiera explotado más el concepto de campo bourdiano.

Igualmente, uno tiene la sensación que en los capítulos finales donde analiza las tendencias históricas actuales el rol condicionante que habían tenido los factores

externos al campo progresivamente desaparece o se debilita mucho. Por ejemplo, ¿qué orientaciones o sub-disciplinas dentro de la historiografía se han visto más favorecidas por la "americanización" del sistema universitario? Y tal vez no sea ésta una crítica justa al libro ya que fue publicado en alemán en 2003, cuando estas políticas de reforma universitaria estaban aún por eclosionar y no eran más que proyectos gestados a finales de los noventa (Plan Bolonia, orientación de la universidad hacia el mercado, indexación internacional de universidades, criterios cuantitativos de excelencia, etc.). Unas políticas que debido a los criterios de evaluación que imponen parecen favorecer la ciencia aplicada, rentable y productiva en detrimento de las producciones analíticas y críticas sin rentabilidad económica cercana.

Para ir concluyendo y en torno al poco valorado trabajo de síntesis, creo que las síntesis historiográficas pretenden, entre otros objetivos, dar respuestas más o menos factibles a cuestiones recurrentes o persistentes, ya que estas cuestiones subsisten por más que las corrientes postmodernas persigan la negación total mediante la acumulación de críticas, en muchos casos acertadas, hacia los metarrelatos o las grandes narrativas. Es decir, creo que no se consigue eliminar los fundamentos de este tipo de cuestiones por más que acertadamente se muestren los sesgos, errores y carencias de los fundamentos de las síntesis pretéritas. Pues, las síntesis historiográficas intentan responder a la cuestión básica de los diversos desarrollos o las plurales evoluciones, esto es, al hecho de si lo "previo" y lo "dado" condiciona y orienta los "devenires", transformando de este modo la potencialidad o virtualidad infinita de lo social en una *gradualidad* de potencialidades o virtualidades específicas y concretas –por tanto finitas– que partirían de lo dado, de su organización y estructura, algo que no es otra cosa que mostrar *el peso y la fuerza* del devenir, de la historia. A mi juicio, esta es una creencia básica del historiador que tiene muchas probabilidades de persistir en tanto que perdure el campo historiográfico, lo que no excluye que se le dirijan todas las críticas que se consideren pertinentes –incluso las más escépticas e iconoclastas– para lograr que, paulatinamente y de forma colectiva, las síntesis conlleven una porción algo menor de sesgos, prenociones y asunciones erróneas, al igual que una porción menor de relaciones de poder internas y externas al campo, dos cosas muchas veces interrelacionadas.

Finalmente, *La ciencia histórica en la era de los extremos* se encuentra dentro de una corriente de historia de la historiografía que aporta unas encomiables herramientas reflexivas. Sin ser especialista en la materia, se pueden citar obras como las de Georg Iggers (*La ciencia histórica en el siglo XX*. 1995), Jacques Revel (*Las construcciones francesas del pasado.* 2002*)*, o en España, Francisco

Vázquez García (*Estudios de teoría y metodología del saber histórico: de la escuela histórica alemana al grupo de los "Annales".* 1989), las cuáles aúnan la mirada reflexiva sobre el oficio y la práctica de historiador –mirada reflexiva que es la pariente pobre en historiografía, como decía Revel– con la producción histórica. Tanto en la presentación de Miquel À. Marín Gelabert como en la reseña de Miguel Ángel Sanz Logroño el lector podrá encontrar más referencias precisas sobre una aproximación a la historia de la historiografía.

Miguel Alhambra Delgado

Universidad Complutense de Madrid